

ca francesa respeta las nacionalidades extranjeras, y espera que de la misma suerte será la suya respetada.

Aquí figura por primera vez la palabra nacionalidad en un acto político. Bien pronto la idea entró con esplendor en el dominio de los hechos. En 1859, Napoleón III puso el ejército francés al servicio de la nacionalidad italiana. En su proclama de guerra dice que la Francia desenvainaba su espada, no para dominar, sino para emancipar: "El objeto de esta guerra es emancipar la Italia, no hacerla cambiar de dueño; así tendremos en nuestras fronteras un pueblo amigo que nos deberá su independencia." Al llegar á Milan, el emperador llamó á los Italianos á las armas, declarando que no opondría ningún obstáculo á la libre manifestación de sus deseos; "Vuestro afán de independencia, por tan largo tiempo comprimido y tantas veces contrariado, se realizará, si os mostrais

dignos de ello. Unidos en un solo pensamiento, la emancipación de vuestro país."

Nunca han sido pronunciadas tan hermosas frases por un vencedor. La emancipación de la Italia será la gloria del que la ha concebido y de la nación que ha derramado su sangre para ejecutarla. Las victorias de Magenta y de Solferino no aprovecharon á la Italia únicamente; también han hecho triunfar los principios del 89 en el orden de las relaciones internacionales. En adelante no habrá repartimientos como el de Polonia, ni se tratará á los pueblos como á rebaños. Algunas luchas serán necesarias antes que todas las nacionalidades estén asentadas definitivamente, y habrán de sentirse todavía algunas contrariedades y algunos desfallecimientos. ¿Qué importa? El principio de nacionalidad ha entrado en la conciencia general, y ya no puede perecer nunca.

CAPÍTULO IV.

LEY DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES.

§ I. — Federacion y asociacion.

N.º 1. — Diversidad y unidad.

Dice Humboldt que la naturaleza es la unidad en la diversidad (1). Con efecto, la unidad y la diversidad están impresas en la creación, como si Dios hubiera querido indicar á los hombres el camino que deben seguir para llenar su misión. La naturaleza presenta en todas sus manifestaciones el espectáculo de una variedad infinita desplegándose sobre un fondo idéntico. Los elementos producen organizaciones diferentes, pero constituyen en su conjunto una sola tierra. Las lenguas son diversas como expresión del diverso genio que distingue á las diferentes ramas de la gran familia humana; sin embargo, las reglas fundamentales de las lenguas son las mismas, porque el espíritu humano que las formula es uno. Las religiones difieren, pero hay creencias comunes, rayos de la verdad eterna que ilumina á la humanidad. El derecho varía de un país á otro, lo que no impide, diga lo que quiera Pascal, la existencia de reglas universales que se encuentran por todas partes.

La gran ley formulada por Humboldt se aplica lo

mismo al mundo moral que al mundo físico. Lo que acabamos de decir del derecho y de la lengua basta para probarlo. El derecho y las lenguas son la expresión de la vida; si el derecho es uno y diverso, si las lenguas son idénticas y diversas, depende de que hay en la humanidad, lo mismo que en la naturaleza, un elemento de unidad y un elemento de diversidad. Tomemos la sociedad más sencilla, aquella en que la unidad parece dominante. ¿Reproducen los hijos la fisonomía, el carácter, las facultades intelectuales y morales de sus padres? Hay entre ellos, como vulgarmente se dice, un aire de familia; pero ¿qué prodigiosa diversidad en los detalles! Dos gemelos difieren con frecuencia como si pertenecieran á familias diferentes. Sin embargo, se han criado dentro del mismo medio y están sujetos á las mismas influencias: prueba de que el niño nace con disposiciones que los padres no crean, disposiciones que puede desenvolver, modificar y neutralizar hasta cierto punto, pero que no alcanza á destruir. Con todo, se manifiestan á través de esas diversidades rasgos de semejanza que prueban un origen común.

(1) HUMBOLDT, Cosmos, t. I, p. 5.

Esta misma ley, la unidad en la diversidad, rige también el género humano. Las naciones, como los individuos, están dotadas de disposiciones particulares. Sea cual fuere la iniciación que del exterior reciban, esta educación no destruye su individualidad, como la educación paternal no cambia la naturaleza del niño. A pesar del poder de asimilación de Roma, los Galos siguieron siendo Galos, modificados solamente por el elemento latino. La invasión de los Bárbaros puso a los Galo-Romanos en relación con las naciones germánicas, y los vencidos civilizaron a los vencedores. ¿Diráse por esto que los Germanos se convirtieron en Romanos? Unos y otros pasaron a través de la conquista sin haber perdido los caracteres esenciales de su nacionalidad. Cada pueblo tiene, pues, una existencia particular, un carácter individual, una civilización especial.

Hé ahí el elemento de diversidad. Hay también un elemento de unidad. El conde de Maistre, para ridiculizar la declaración de los derechos del hombre, dice que no ha encontrado nunca la especie hombre, que sólo ha visto Franceses, Ingleses, Alemanes ó Rusos. Mas por ser frances ó inglés, ¿cesamos de ser hombres? Antes que hubiera nacionalidades bien marcadas, ¿no había seres humanos? Los hombres no dejan de ser hombres cuando forman parte de una sociedad particular; existe siempre entre los miembros de las diversas naciones el lazo de la humanidad. La gran sociedad abraza a las sociedades particulares. Y no es esto un ideal ni una quimera, sino un hecho. Los antiguos hablaban ya de una sociedad del género humano, por más que su punto de partida fuese la separación y el aislamiento. Hoy la unidad humana es una verdad trivial. Todo el mundo reconoce que el hombre debe estar ligado a una asociación, la familia primero, la ciudad después, la nación por último. ¿No pasa el lazo de la nación? Sobre este punto difieren las opiniones.

En general, se admite que existan relaciones necesarias entre las naciones. Hemos indicado la razón providencial de la distribución de la humanidad en naciones. Hay infinitas variedades en la naturaleza humana; el ideal consiste en el desenvolvimiento completo de las facultades con que Dios le ha dotado. Para llegar a ese fin, Dios ha repartido el trabajo entre los diversos miembros del género humano; cada nación desempeña su mi-

nisterio en la obra común. Así la división de la humanidad en naciones implica que media entre ellas un lazo. El género humano es uno en esencia, su misión es una; si se necesitan diversas facultades y diversos órganos para que esa misión se realice, no por eso dejan estos órganos de ser los miembros de un gran cuerpo, de la humanidad. Hasta aquí todo el mundo está de acuerdo. Resta una cuestión que mueve grandes dificultades. El lazo que une al hombre con la familia y con la nación es un lazo legal sin el que no habría ni familia ni nacionalidad. Hay también una relación entre las naciones; su vida aislada fuera imposible, el aislamiento sería su muerte. ¿Debe esta relación, como las de la familia y la patria, tomar una forma exterior, legal?

Lo cierto y positivo es que, desde que conocemos los destinos del género humano, se viene realizando un trabajo de unidad. Los hombres comienzan por vivir separados, divididos, aislados. Entre los Indios y entre todos los pueblos donde reinan las castas hay, en el interior mismo del Estado, entre las diversas clases de la sociedad, un abismo que parece insondable, por cuanto se atribuye su origen a Dios. Entre el mundo occidental, la esclavitud reemplaza a las castas: esto indica un progreso hacia la unidad, porque la esclavitud puede cesar, y por la emancipación el esclavo se convierte en ciudadano. Hay además en el Occidente otra tendencia a la unidad, a saber: las monarquías universales que se suceden y que dan por resultado el imperio romano. Una gran parte del mundo antiguo vive sujeto a las mismas leyes. Pero si los cuerpos están unidos, las almas no lo están. El politeísmo impide que se establezca la verdadera unidad, pues no cabe ésta sino cuando se funda sobre las mismas creencias, las mismas ideas y los mismos sentimientos. Los conquistadores preparan el camino a una religión que ostenta la ambición de reunir a todos los hombres en una misma fe. Tal es el principio de la unidad más poderosa que se haya concebido; pero esta unidad católica es excesiva, por cuanto viola la ley de la diversidad que Dios ha impuesto al género humano. Una raza dotada por Dios con el genio de la individualidad rompe esa falsa unidad. Los partidarios de la unidad deploran la revolución religiosa del siglo XVI, sin considerar que es una preparación para la verdadera unidad. Ante todo es preciso que se for-

men los elementos de esta unidad, es decir, las naciones. La obra es secular. En 89 las naciones vienen a ocupar la escena de la historia. Y reclaman la soberanía, es decir, que quieren dirigir por sí mismas su destino. Al mismo tiempo se produce un gran trabajo de unidad, al principio en el interior de cada Estado, después en el seno de la humanidad. Cuando estalló la Revolución, la Francia se encontraba dividida en provincias, y las provincias eran como pequeños Estados dentro de un gran Estado. El derecho, la lengua, las costumbres variaban de una provincia, de una ciudad a otra. Estas variedades provinciales han desaparecido. La unidad de lenguaje es una manifestación característica del movimiento que acabamos de señalar. Se ha dicho que la lengua es todo el pueblo; y con efecto, es la expresión de sus sentimientos y de sus ideas, de todo lo que en su vida hay de individual. Donde la lengua difiere no existe unidad. Así sucedía entre los Griegos, que tenían muchos dialectos cultivados como lenguas literarias. En la Europa moderna desaparecen todos esos idiomas particulares para dar cabida a una sola lengua, expresión del genio nacional. El derecho es también una faz de la vida. Antes del 89 variaba de una ciudad, de una aldea a la otra; hoy no hay más que una ley para toda la nación.

Al mismo tiempo que la unidad se realiza en el seno de cada nación, las diversas naciones se unen entre sí por lazos cada día más numerosos. En la antigüedad, y hasta en algunos pueblos modernos, los odios nacionales eran considerados casi como una virtud. Este patriotismo rencoroso se disipa ante el amor del género humano. Creeríase que van a caer las barreras que separan a las naciones. El comercio une todas las partes del mundo, y un lazo todavía más poderoso liga a las inteligencias, la prensa, admirable instrumento que hace latir al unísono los corazones, a pesar de las distancias que separan a los hombres. Asimismo maravillosos descubrimientos acortan estas distancias, que no tardarán en desaparecer; el vapor y la electricidad establecen comunicaciones más fáciles y más rápidas entre los Estados, y aún entre los continentes, que las que mediaban en otro tiempo entre ciudades vecinas.

Pero ¿habrá de decirse por esto que el género humano no formará sino un solo Estado y una misma familia? No, porque al lado de ese movimiento

de unidad existe otro que parece enteramente opuesto. El siglo XIX es el de la resurrección de las nacionalidades. La Grecia ha salido de su tumba secular. Las revoluciones han destruido la obra del congreso de Viena, que había dispuesto de las poblaciones como si fueran rebaños y de los Estados como si fueran alquerías. La Bélgica ha recobrado su antigua independencia; la Italia ha sacudido el yugo del extranjero, y, lo que es más difícil, ha renunciado a sus antiguas rivalidades de ciudades y de provincias. La Alemania se agita también, y esta tierra de la diversidad aspira a concentrarse en una unidad poderosa. Estamos todavía al principio de este movimiento nacional, que no tardará en dar la vuelta al mundo.

De aquí un doble trabajo en apariencia contrario. Las naciones se constituyen y se aproximan más y más cada día. ¿Hay realmente contradicción en esta tendencia a la diversidad y a la unidad? No, sólo que se prepara una unidad superior, semejante a la divina armonía que reina en la naturaleza. La naturaleza es una y diversa; la humanidad es también una y diversa. Véase aquí la señal de los designios de Dios. Es preciso, por tanto, que la humanidad se eleve a una organización que satisfaga a esos dos principios igualmente legítimos, puesto que ambos proceden de Dios. ¿Cuál será esta organización? Aquí entra el secreto de Dios; todo lo que el historiador puede hacer es seguir el desenvolvimiento de esta doble tendencia en los hechos: la historia nos revela los designios de la Providencia.

N.º 2.—La antigüedad.

I.

Todos los pueblos antiguos se decían hijos del sol, nacidos de la tierra que habitan; la autoctonía era una creencia general, y puede considerarse como expresión de la vida aislada de los hombres primitivos; no conocían más que la familia ó la tribu en cuyo seno pasaban su vida; el horizonte de su valle era para ellos el límite del mundo. El orgullo, hijo de la ignorancia, se exalta en la soledad; una preocupación se convierte en título de gloria: tal es el carácter distintivo de la antigüedad, cuya ley es el aislamiento. De aquí la grandeza y la exageración del patriotismo antiguo.

¿Quién no ha envidiado el amor de la patria, tal cual le han cantado los poetas y le han practicado los ciudadanos de Grecia y Roma? En comparación al egoísmo moderno, se le tomaría por un ideal. En el fondo, el patriotismo de los antiguos tenía mucho de egoísmo. La ciudad era la familia un poco más lata, de donde resultaba que el amor de la patria era profundo y al mismo tiempo estrecho. Como los pueblos estaban sin cesar en guerra, veían en todo extranjero un enemigo. ¡Singular amor este que no arrastraba a los hombres al mutuo é íntimo afecto, sino al odio de todos los que no fueran sus conciudadanos!

En las teocracias, el odio toma un carácter religioso, y es, por lo mismo, el más duradero. Hoy nos parece excesiva la oposición que mediaba entre los Griegos y los Bárbaros. La que separaba a la nación arya de las naciones extranjeras era mucho más injuriosa é incurable. La división era consecuencia del dogma. ¿Por qué el tchândala es objeto del desprecio increíble que sobre él pesa? Porque está fuera de la comunión religiosa, porque es un sér impuro. Los extranjeros participaban de la misma condición y eran mirados con igual desprecio. El legislador indio les coloca después de los elefantes, de los caballos y de los sudras; apenas si en la jerarquía de las criaturas están por encima de los tigres y de los jabalíes. ¿Qué relaciones podían mediar entre la raza pura de los Aryas y seres inferiores á los animales? Todo contacto con ellos era una mancha. La división es radical é irremediable.

El mismo aislamiento, el mismo horror de los extranjeros se encuentran en los Egipcios y hasta en los Hebreos. El mosaísmo reconoce la unidad humana; pero las otras naciones, los paganos, han abandonado el culto del verdadero Dios; para impedir al pueblo elegido entregarse á la idolatría, Moisés hace decir á Jehová: "Yo soy el Eterno, vuestro Dios, que os ha separado de los otros pueblos, á fin de que sigais mi ley." Así Jehová es un Dios particular, nacional, y celebra una alianza especial con Abraham; y á fin de distinguir á sus descendientes de los otros hombres, le ordena circuncidar á todos los hijos varones. Los Judíos estaban convencidos de que Dios sólo á ellos les había revelado la verdadera religión. ¿Cómo no habían de desdenar á los infieles, cuando Dios los había marcado con un signo de elección? Con todo,

esta división religiosa tenía un contrapeso; todos los hombres estaban llamados á participar de las promesas de la ley, con tal que se convirtieran á la ley de Moisés. Había aquí en germen una fe universal y al mismo tiempo una monarquía universal.

El conde de Maistre dice que los Griegos nacieron divididos. Es verdad que no conocían más que los primeros elementos de la asociación ni concebían otra unidad más lata que la reunión de los hombres en ciudades. En la misma ciudad no llegan á establecer la unidad; la aristocracia y la democracia se disputan el poder, y esta lucha por la igualdad conduce á la disolución, á la anarquía. Incapaces de establecer la unidad en el interior de la ciudad, faltaba á los Griegos el poder necesario para realizarla entre las diversas repúblicas en que se dividía la Grecia. Todos sus habitantes pertenecían á una sola raza, adoraban las mismas divinidades y hablaban la misma lengua, aunque en dialectos diferentes: eran estos elementos de unidad; pero el espíritu de división, innato al genio helénico, impidió realizarla. Apenas si los peligros comunes consiguieron asociar temporalmente á los Helenos contra el extranjero. Las hegemonías no pasaron de un mando militar, y Esparta, Atenas y Tébas abusaron de él para oprimir, en lugar de unir, á los aliados. Los ciudadanos de las diversas ciudades continuaron tratándose como extranjeros, y el extranjero carecía de derecho, era considerado casi como el esclavo. En cuanto á los Bárbaros, ya hemos indicado cuál era la increíble fatuidad de los Griegos en sus relaciones con los que no hablaban su armoniosa lengua.

Roma comenzó también por el aislamiento, inscribiendo en sus leyes la dura declaración de que el extranjero era un enemigo y de que el enemigo carecía de derecho. Las relaciones más naturales estaban prohibidas con los extranjeros, quienes no tenían ni el derecho de matrimonio ni el de propiedad. Las relaciones de Roma con sus vecinos más próximos eran raras y hostiles. Pero poseía en alto grado el genio de la unidad. Esa ciudad tan estrecha, que había comenzado por declarar fuera de la humanidad al extranjero, acabó por ser la señora del mundo. Roma realizó cierta unidad en su seno; los patricios y los plebeyos no se hacían una guerra á muerte, como las facciones rivales en las repúblicas griegas, fundiéndose en una sola na-

ción. La Italia, y después las provincias, fueron llamadas á participar de los derechos de los vencedores; pero esto no se logró sino después de combates seculares: prueba de la repugnancia que por la unidad sentían los antiguos.

II.

El aislamiento no podía seguir siendo la condición de los pueblos. En realidad, el aislamiento absoluto no ha existido nunca; hubiera sido la muerte de la humanidad. Los antiguos, sin conciencia de ello, obedecieron á la ley que rige al género humano, la unidad y la asociación. La vida de la humanidad es una marcha progresiva hacia este ideal. Cada edad cumple su misión en esta obra sin fin. Los pueblos de la antigüedad desempeñan un gran papel en la preparación de la futura unidad. Dios los dotó con una fuerza de expansión que les impulsa incesantemente á extenderse y á propagarse á lo lejos, y á ello contribuyó principalmente la guerra. Se puede decir que gracias á la guerra fueron constituidas las naciones y llegaron á conocerse los diversos pueblos. Estrabon cuenta que antes de las guerras médicas, los Griegos y los Persas apenas si de nombre se conocían. Alejandro descubrió la India, y el Occidente sólo se abrió al paso de las legiones romanas.

El comercio es, en apariencia, un lazo más poderoso que la guerra; une á las naciones, por el interés primero, por las ideas más tarde, y puede considerarse como imagen de la solidaridad humana. Dios mismo hace que las necesidades de los hombres les obliguen á acercarse los unos á los otros. Pocos países producen todas las cosas necesarias para la vida; el Creador las ha distribuido entre las diversas partes de la tierra, para obligar á sus habitantes á anudar mutuas relaciones. Citarémos un rasgo de esta admirable providencia. Las regiones situadas más allá del gran desierto de África carecen enteramente de sal, al paso que se encuentran inmensos depósitos de este mineral en medio de las tierras arenosas; así los mismos desiertos tienen sus tesoros, y sirven para acercar á los hombres en cierto sentido, no obstante que, bajo otro, les separan. Lo mismo puede decirse respecto á la mar; lejos de aislar á los pueblos, la navegación se ha convertido en el camino más rá-

pido de sus relaciones. Pero estos elementos de unión no se desarrollan sino sucesivamente. Los antiguos miraban el Océano como una barrera divina, sin duda por carecer de los poderosos instrumentos que guían á nuestros marinos á través de la inmensidad de los mares, permitiéndoles afrontar la furia de las tempestades.

Dios, que destinaba el comercio á unir á las naciones, dotó á ciertos pueblos con el genio comercial. El pabellón tirio flotaba en los mares del Norte, sobre las costas del Asia y en el Océano Índico. Cartago heredó el espíritu aventurero de la madre patria. Los Griegos, favorecidos con todas las facultades, fueron los que mayor número de colonias fundaron; la Europa, el África y el Asia conservan todavía huellas de sus establecimientos. La fecundidad de esas pequeñas repúblicas era prodigiosa. Estrabon cita con fundamento las ochenta colonias de Mileto como una maravilla. Todas estas colonias se hicieron poderosas por el comercio, manteniéndose como focos de civilización hasta los últimos tiempos de la antigüedad. La colonización es un medio admirable para establecer entre los hombres la unidad y la armonía, que son una ley de su naturaleza y el fin supremo de sus esfuerzos. Ella extiende sobre el globo poblaciones amigas; los lazos de la afección encadenan á los colonos con la metrópoli. ¿No vemos aquí una imagen ideal de los destinos del género humano?

Con todo, no hay que idealizar demasiado la colonización antigua. El establecimiento de las colonias fué una conquista, y por lo común, la más ruda de todas. En definitiva, la fuerza domina en el mundo antiguo, y ¡cosa notable! la guerra responde de tal suerte al genio de la antigüedad y á su misión, que se sobrepone al comercio como elemento civilizador. Esto parece contrario á la naturaleza de las cosas, pero se explica. El comercio era también una especie de guerra, y precisamente la que agita las malas pasiones, la insaciable codicia, la envidia mercantil. Se cuenta que los Fenicios echaban á pique los bajeles extranjeros y lanzaban al mar sus tripulantes. Los excesos son inevitables donde el lucro domina como único móvil. El conquistador, por lo ménos, alimenta el amor de la gloria que ennoblece sus sentimientos y sus acciones. Así la conquista desempeña el papel más importante en las relaciones internacionales de la antigüedad.